

CARTA DEL PADRINO

Dr. Raúl Levín

Derivas del psicoanálisis

En muchas oportunidades experimentamos un sentimiento de imposibilidad de dar dirección a una cura porque carecemos o ignoramos los requisitos para dar curso a un proceso de psicoanálisis. Puede ocurrir entonces que haya que apelar validando su eficiencia, a recursos inéditos (frecuentemente ineficaces), no intentados en la experiencia previa, para sustituir o aún modificar una supuesta sabiduría acerca de cómo se procesa un devenir psicoanalítico.

En el psicoanalista esta eventualidad puede despertar sentimientos de impostura, euforia o satisfacción, sustentados en argumentos expuestos en frases tipo “qué bien, cuántos recursos que tenemos a mano” o “la práctica psicoanalítica es independiente de cómo la formalicemos”.

Esta breve introducción es a propósito de la presentación de un nuevo número de la Revista Devenir, que coincide con un momento muy particular de la historia de este siglo y por lo tanto también de la historia del psicoanálisis. La calamidad de una pandemia que alteró nuestras costumbres y que suscitó angustia y cambios en nuestra manera de apropiarnos de nuestras vidas, no fue anticipada por la cultura a la que seguimos considerando el bien más confiable y sabio creado y creador de la humanidad. No se nos debe escapar, de paso,

que ya Freud develó esta atroz paradoja que es a la vez lo mejor que nos define (y nos produce) y aloja a su vez también lo que nos destruye (la Pulsión de Muerte).

Pero así como la humanidad sigue su devenir, no puede no hacerlo el psicoanálisis.

No poder recurrir a ciertos preceptos técnicos, no debe usufructuarse resistencialmente para eludir los fundamentos del psicoanálisis, y será de una manera u otra que los sostendremos o recuperaremos, sin transigir en que aún en las condiciones más novedosas e imprevistas, seguirán siendo objeto de nuestra permanente indagación.

Pero es cierto que lo traumático que incidió en nuestras rutinas profesionales, desde huidas de consultorios hasta abjurar de lo que se dio en llamar presencialidad psicoanalítica necesitó (y necesita) de su tiempo de acomodación, para poder seguir reflexionando sobre nuestro trabajo, ahora en otras condiciones (no por ello menos reflexivas).

Creo importante considerar al psicoanálisis como una deriva que de él procede y que debe ser honrada para que el psicoanalista la retoque en casos de riesgo. La asociación libre (llevada de una u otra manera) en su más exquisita (y quizás más utópica posibilidad) guiará la deriva más fidedigna del sujeto. El psicoanalista desde su humilde capacidad y talento eludirá dentro de lo posible escollos de riesgo.

Si algo flota a la deriva, no es casual sino que se debe a variables como vientos, corrientes subterráneas, y fuerzas indeterminadas que ignoramos.

La deriva transcurre en la temporalidad, en el devenir. No es casual. El empuje que la lleva está íntimamente ligado

a las fuerzas más oscuras y misteriosas. Es lo que Freud llamó pulsión, tan indefinible (al principio relacionada a la biología, y luego en una audaz y paradójica incidencia, a la cultura). Sabemos que la deriva nos arrastrará inexorable a la disolución, cumpliendo el fin definitivo de la pulsión de muerte.

El lugar del psicoanalista es retocar la deriva si llega a un punto de riesgo. Este punto de riesgo puede retocarse mediante la intervención psicoanalítica. El psicoanálisis hasta lo posible intenta retrasarlo. Dirigiéndose a lo más sublime de lo humano que preserva, lo más propiamente humano: su constitución subjetiva. La técnica y la teoría nos ha dado medios para intentar este respetuoso y fundamental retoque intentando cuidar al paciente de los riesgos de su propia destructividad.

La atención flotante será nuestro instrumento para que la deriva del análisis no corra riesgo, solo dentro de nuestro alcance.

En estos tiempos como mencioné han ocurrido circunstancias que no vale definir si pertenecen a lo social o lo pulsional. En el momento de culminación de la trayectoria freudiana no era este el interrogante. Pero este giro que asocia lo biológico y lo social ocurre alterando rutinas y algunas supuestas “certezas” en cuanto a mucho de los supuestos de la teoría de la clínica. Nociones de encuadre, presencialidad, aproximación virtual. Mucho de lo llamado “teoría de la técnica” para muchos analistas devino en una simplificación, y por ser signadas en tanto rutinas su invalidación, ha sido traumática. Porque vuelven a devenir rutinas.

Sin embargo, cualquier medio de relacionarse con otro sujeto puede ser una forma de psicoanálisis. Ni peor ni mejor. Un analista y un analizando.

La idea del psicoanálisis es acompañar y cuidar la deriva del sujeto, que como comentamos a pesar de sus misterios nunca es casual.

Lo que muchas veces distorsiona este punto de vista, es suponer que el curso de un psicoanálisis lleva a un punto previsible o anticipado. En esa instancia no sería una deriva sino un derrotero. Recorrer desde un punto A hacia un punto B (a menudo llamado objetivo). Frecuentemente esta trayectoria se superpone con el concepto de “proceso”.

Incidentalmente en la cartografía náutica, ese recorrido planificado hacia el punto B se denomina “derrota”. Palabra que tomada en su acepción de cómo pensamos el devenir de un psicoanálisis, resulta más que expresiva.

Contrariamente al proceso, la deriva es un dejarse llevar por variables a veces incógnitas, otras presuntas. La deriva del sujeto se sustenta en lo más reprimido y activo, lo más desconocido y poderoso. La buena escucha de la asociación libre a veces nos orienta en ese sentido, y nos aproxima al poder de su sustento. Me refiero particularmente a lo pulsional, que lleva las poderosas corrientes en un sentido o en otro, y que debe despertar la agudeza en la sensible escucha del psicoanalista para intentar develar lo incógnito. Ningún psicoanalista desea que esta deriva devenga en una catástrofe (que sabemos inexorable) y supone solamente intervenir. Habrá un cataclismo último implacable, pero ser psicoanalistas rescata la espléndida cualidad del sujeto humano en tanto esté a nuestro alcance preservarlo ocasionalmente aunque sea en forma efímera de su destructividad.